# LA RISA...

(Retazos de confidencias de una mujer)

Con un sordo fragor de cadenas, ganó el tren la abrupta curvatura y de repente, como sorbido por un monstruo, desapareció detrás el pueblo. La última visión fue la de un cocotero[113], de tronco anillado, que pareció agitar en señal de despedida la gracia flexible de sus ramazones...

———————————

He aquí la impresión postrera que me quedó al abandonar mi pueblo y con ella quiero inaugurar este diario, confidente futuro de mis ansias y ensueños. Ya estoy en Manila y, contrastados con ella mis recuerdos, los veo empequeñecidos, reducidos a la insignificancia. En mí ha muerto, más por esfuerzo de voluntad que por espontáneo proceso, la pobre sentimental que se estuvo días y días llorando, mientras esperaba la hora trágica del adiós. Y es porque he comprendido que en este nuevo orden de ideas y de cosas, el sentimentalismo sólo viene a ser un lastre pesado en la ascensión. Como toda mujer moderna, quiero ser algo, hacer algo...

Por eso he venido a Manila.

Y he ingresado en la Universidad...

———————————

¡Tantos hombres! ¡Y tantas columnas enormes! ¡Columnas y hombres! Es risible cómo a veces, en los momentos más solemnes, se destacan por encima de otros detalles los más absurdos. Yo he venido a la capital porque quiero estudiar una profesión y en vez de sentir la

[113] Los cocoteros son muy abundantes en el paisaje filipino. Es una palma solitaria que llega a crecer hasta los 25 m. de altura. Tiene un tronco recio señalado por marcas anulares. Las frutas varían en forma y tamaño van de ovaladas a redondas y miden de 15-25 cm. de largo. Su nombre científico es: *Cocos Nucifera*. Todas las partes del cocotero son aprovechables.

# LA RISA....

*Por* Enrique K. Laygo

*(Retazos de confidencias de una mujer)*

Con un sordo fragor de herrajes, ganó el tren la abrupta curvatura y de repente, como sorbido por un monstruo, desapareció detrás el pueblo. La última visión fué la de un cocotero, de tronco anillado, que pareció agitar en señal de despedida la gracia flexible de sus ramazones...

* * *

He ahí la impresión postrera que me quedó al abandonar mi pueblo y con ella quiero inaugurar este diario, confidente futuro de mis ansias y ensueños. Ya estoy en Manila y, contrastados con ella mis recuerdos, los veo empequeñecidos, reducidos a la insignificancia. En mí ha muerto, más por esfuerzo de voluntad que por espontáneo proceso, la pobre sentimental que se estuvo días y días llorando, mientras esperaba la hora trágica del adios. Y es porque he comprendido que en este nuevo orden de ideas y de cosas, el sentimentalismo sólo viene a ser un lastre pesado en la ascensión. Como toda mujer moderna, quiero ser algo, hacer algo...

Por eso he venido a Manila.

Y ingresado en la Universidad...

* * *

¡Tantos hombres! ¡Y tantas columnas enormes! ¡Columnas y hombres! Es risible como a veces, en los momentos más solemnes, se destacan por encima de otros, detalles los más absurdos. Yo he venido a la capital porque quiero estudiar una profesión y en vez de sentir la emoción de la novedad, frente al momento que ha de decidir de mi porvenir, lo primero que se me ocurre es que hombres y columnas pueden caer por igual, éstos por un terremoto cualquiera y aquellos...

Me sonrío, no sin rubor. ¡Mujer, mujer al fin!... Y sé; sé positivamente que basta una mirada para que caigan esos pobres. Por eso, secretamente, hoy que me encuentro sola en mi cuarto, frente a la confesión íntima de mi diario, les compadezo un poco. Siquiera las columnas de cemento se mantendrán firmes y sólidas mientras no se sacuda en un violento desperezo la naturaleza; en cambio, ellos, a quienes he visto pasar bajo las arcadas tan seguros de sí mismos, no pueden jamás decir hoy si serán los mismos mañana.

* * *

Y es esta convicción sobre la debilidad del hombre la que me hace despreciarles profundamente. Ya en mi pueblo, me dieron el mote de "man-hater", es decir, despreciadora de hombres, odiadora de hombres. Es ridículo que esos seres, con todos sus músculos, con todas su ínfulas, puedan convertirse en monigotes de trapo en manos de una mujer débil. Yo juro—sin inmodestia porque eso me lo digo a mi sola—que a cualquier hombre, bajo cualesquiera circunstancias, yo lo haría danzar...

* * *

Mr. Gonzalez, Martin Gonzales. Es así como se llama mi profesor de química. (Yo estudio la farmacia). Físicamente, es la antítesis del concepto ordinario de un profesor de ciencias. Cualquiera lo tomaría por un atleta, con su bien

Reproducción del original publicado en la revista *Excelsior*, 30 de junio de 1931, del ejemplar existente en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

emoción de la novedad, frente al momento que ha de decidir de mi porvenir, lo primero que se me ocurre es que hombres y columnas pueden caer por igual, estas por un terremoto cualquiera y aquellos...

Me sonrío, no sin rubor. ¡Mujer, mujer, al fin! Y sé; sé positivamente que basta una mirada para que caigan esos pobres. Por eso, secretamente, hoy que me encuentro sola en mi cuarto, frente a la confesión íntima de mi diario, los compadezco un poco. Siquiera las columnas de cemento se mantendrán firmes y sólidas mientras no se sacuda en un violento desperezo la naturaleza; en cambio, ellos, a quienes he visto pasar bajo las arcadas tan seguros de sí mismos, no pueden jamás decir hoy si serán los mismos, mañana.

———————————

Y es esta convicción sobre la debilidad del hombre la que me hace despreciarlos profundamente. Ya en mi pueblo, me dieron el mote de *man-hater*, es decir, despreciadora de hombres, odiadora de hombres. Es ridículo que esos seres, con todos sus músculos, con todas sus ínfulas, puedan convertirse en monigotes de trapo en manos de una mujer débil. Yo juro —sin inmodestia, porque eso me lo digo a mí sola— que a cualquier hombre en cualesquiera circunstancias, yo lo haría danzar...

———————————

Mr. Gonzales, Martín Gonzales. Es así como se llama mi profesor de química. (Yo estudio la farmacia). Físicamente, es la antítesis del concepto ordinario de un profesor de ciencias. Cualquiera lo tomaría por un atleta, con su bien proporcionada figura. El torso fuerte, adivinado bajo la americana de alpaca, fina la cintura (no tiene esa antipática exuberancia adiposa en el estómago, que suelen tener los acostumbrados a la vida sedentaria) y firmes las piernas. Me figuro que en un concurso de saltos, Mr. Gonzales se luciría, no tanto por

la rapidez, que debe tenerla mucha, como por la armonía y el ritmo del movimiento. Mientras explica la lección, suele dar vueltas por la clase y yo no puedo menos de admirar —porque a mí me gusta todo lo bello, hasta en un hombre— la gracia casi felina con que se mueve, armónicas manos y piernas como si llevasen el compás inconsciente de un ritmo interior.

Y por lo mismo que este Mr. Gonzales (¿por qué habrá nombres tan vulgares para hombres tan guapos?) parece un perfecto *specimen*[114] de hombría fuerte y cabal, casi, casi me gustaría hacer un experimento. Me figuro que, como todos los hombres, este manojo de músculos no pasará de ser mera cera flexible y amoldable a voluntad de una mujer que supiese hacerlo. Yo sería esa mujer...

———————————

¿Hago o no hago el experimento? Tengo algunos escrúpulos y ¿por qué no decirlo? cierta vergüenza íntima, conmigo misma. ¡Eso de tentar deliberadamente, conscientemente a un hombre, sin sentir por él el menor interés! Conste eso, primeramente. Por Mr. Gonzales no siento ningún interés absolutamente. Claro que hablo en el sentido sentimental. Como profesor, es bueno; conoce la materia. Además, tiene la habilidad de hacer amenas las lecciones. Cuando nota a la clase cansada, aburrida, se sale con una anécdota, un chiste, siempre oportunos. Inclusive cuenta historias y ¡hasta recita versos! Pero eso es todo. No sé cómo pensarán y sentirán estas condiscípulas mías, que no se recatan en exhibir un interés *extra-químico* por este profesor de química. Yo, por mi parte, continúo despreciando a los hombres, a todos. A este Mr. Gonzales, naturalmente.

¿Hago o no hago el experimento?

———————————

[114] Del inglés: muestra ejemplar.

¡Ea! Ya estoy decidida. Tengo la mentalidad un poco *científica*, es decir, amiga de la comprobación por medio del experimento personal. Igual que se pone bajo el microscopio un pedazo de material cualquiera, quiero tener a este Mr. Gonzales bajo un microscopio de mi propia invención. Ya sé que el resultado será negativo; lo único que me interesa es cuál habrá de ser su resistencia. Estoy segura de que caerá, como todo hombre cae, dadas las circunstancias. Lo digo, no por vanidad, porque sé que cualquier mujer podría hacerlo.

_____

Comienzo el experimento. Después de la clase de hoy, a propósito me quedé rezagada. Yo parecía indecisa, inquieta sobre algo que quería hacer. Claro que todo ello hecho en forma tal que llamase su atención. En efecto así fue. Me preguntó muy solícitamente:

—*Anything*[115], Miss Valdés?

Hice ademán de atreverme. (Todo ello dentro de la comedia de indecisión y timidez que estaba representando).

—Sí, Mr. Gonzales. No he comprendido bien la lección de esta tarde. Y si usted...

—Sí, sí...

—Digo, si yo... No sé; no me atrevo...

Él adivinó lo que pretendía querer. Que me la explicase nuevamente, aquí mismo o en su oficina. Yo disponía de media hora y si él disponía de igual tiempo... Si no le era muy molesto... En fin, si era posible.

Lo era. Lo fue. Y estuvimos media hora, solos en su oficina, él muy serio, muy atento en sus explicaciones y yo, a mi vez, muy seria, muy atenta... en la contemplación del profesor.

Yo me las arreglé para desviar la conversación de la química. Eso lo saben hacer todas las mujeres. A los diez minutos, hablábamos de los poetas que más le gustaban, de los cantos que me entusiasmaban

[115] Del inglés: ¿se le ofrece algo señorita Valdés?

más. Dejamos bien definidas nuestras respectivas aficiones. La de él —¡cosa extraña en un profesor de ciencias y que, después de todo, viene a conformar mi convencimiento sobre su debilidad!— es todo lo fino, lo alado, lo espiritual. Le enamora el vuelo de una mariposa, tan bello en el despliegue acompasado de sus alas polícromas, y se pasaría horas y horas mirándose en el espejo de un río. Yo, claro, me pinté amiga de todo lo fuerte: una montaña rocosa, un abismo insondable, un mar embravecido...

—Y, ¿la lección?

Me sonreí ante la pregunta, medio cerrando los ojos. Sé que así es como estoy mejor; a mí el espejo me ha dicho muchas veces que mis ojos, si atempera su luz la sombra de las pestañas plegadas, adquieren un aire de misterio ante el cual ningún hombre podrá conservarse sereno. A Mr. Gonzales lo noté medio nervioso, medio inquieto como si su pregunta, muy natural por otro lado, hubiese sido un atrevimiento.

—¡Ah, la lección ! ... Dejémosla para otro día. Después de todo, hay cosas más interesantes.

Las hubo, en efecto. Dígase lo que se diga, Mr. Gonzales es buen conversacionista. Sabe algo de todo y no habla con el tono antipáticamente doctrinal de los profesores; es perfectamente humano y hasta su voz, de un timbre dulzón, se diría hecha para los *talkies*[116] y no para la cátedra.

———————————

¿Me quiere o no me quiere? He aquí ahora el enigma. En la clase, en los pasillos de la Universidad, en los breves encuentros que a veces tenemos en el campus, Mr. Gonzales es para mí un enigma. Es atentísimo y siempre me saluda con una sonrisa que pliega sus labios hacia arriba, dándole un aspecto entre picaresco y truhán. A veces

[116] Del inglés: película sonora. El cine sonoro se hallaba en los años veinte en sus comienzos.

me da un poco de rabia porque, a pesar de todo, voy comprendiendo que eso que me hace a mí, lo hace a las demás. Aunque, pensándolo bien, ¿qué me importa? Personalmente nada, porque lo he dicho, el no me interesa más que como un experimento; sólo que el experimento, parece que va a fracasar...

———————————

Hoy, en la clase, casi estuve a punto de llorar. Con una muy natural vanidad, he hecho creer a todos mis condiscípulos —sobre todo, condiscípulas— que soy la alumna favorita. Quiero que me envidien y que rabien. Y hoy, este odioso Mr. Gonzales ha tenido la desfachatez de casi insultarme. Sí, sí, tal como suena; insultarme. Como yo no supiese bien la lección, me endilgó un sermoncito que me puso en ascuas. Que para qué había venido a Manila, que yo desperdiciaba el tiempo, que... En fin la mar de cosas. Y yo, claro, sin poder chistar, sin poder decir nada. Ya se sabe que en la clase, los profesores son unos tiranos y no hay manera de contestarles. Pero lo que digo es que no tenía necesidad de ponerme en mala situación, exponiéndome al ridículo delante de todos. Tuve necesidad de toda la fuerza de mi voluntad para no salir pitando de la clase, y hacer una escena. Pero esto sí juré que en cuanto estuviésemos fuera, de igual a igual le diría unas cuantas frescas...

———————————

No, no las pude decir. Lo confieso, sin rubor, y con alegría. Yo lo esperé a la salida y como viese que se hacía el desentendido, lo perseguí a la vista de todo el mundo. Y cosa extraña: a mí no me importaba que me mirasen, que se burlasen inclusive de mí. Yo ne-

cesitaba hablarle, pedirle una explicación, obligarlo a que me pidiese perdón... Yo, la mujer fuerte, no quería, no podía quedarme así, vencida, derrotada. Y así salí, después de todo. Porque Mr. Gonzales, una vez solos los dos —o casi solos— en el *campus*[117], se volvió bruscamente y se echo a reír escandalosamente...

No tuve valor para nada. Aquella risa era todo. Claramente, como si Dios en aquellos instantes me hubiese dado de repente el don de penetrar en el alma de aquel hombre, vi que en la risa aquella no había burla, ni había voluntad de zaherir. Más bien era, ¿qué diría yo? una risa de buena voluntad, de aproximación para dos almas que se habían empeñado en alejarse la una de la otra, estando irremisiblemente hechas para unirse. Me olvidé de mi experimento, de mi rabia, del ridículo aquel en que me había puesto delante de toda la clase, y espontáneamente, como una loca, como si el mundo no fuese más que de los dos, también me eché a reír...

Y mi risa fue una risa de felicidad…

———————————

Hoy hago pedazos de mi diario y los tiro al mar. No quiero que él lo lea. ¡Lo que se va a reír de mí si se entera de que la que se creyó fuerte es después de todo sólo una mujer: toda debilidad!

La verdad es que Mr. Gonzales, digo, Martín hoy hace de mí lo que quiera...

[117] Palabra que procede del latín, pero introducida a través del inglés. Entonces era un extranjerismo, hoy es de uso común en español.